

## IMPOSTORES. LOS CASOS DE ALONSO QUIJANO, ENRIC MARCO Y FRANCISCO RICO

ÁLVARO ROMERO MARCO

*Universidad de California en Santa Cruz*

### RESUMEN:

Tanto *El Quijote* como *El impostor* y *Así empieza lo malo* son novelas que indagan en las conexiones entre realidad y ficción, entre verdad y mentira, entre literatura e historia. La primera de ellas lo hace a través de la impostura literaria de Alonso Quijano, la de Cercas profundizando en la biografía de Enric Marco, un impostor real, la de Javier Marías haciendo del profesor Francisco Rico un impostor de sí mismo. El impostor de Cervantes es literario y en último término bueno, el de Cercas real y éticamente inquietante, el de Marías epatante. Pudiera decirse que analizando las imposturas de las novelas de Cercas y Marías y la de Cervantes es visible la poca fe que tienen algunos novelistas actuales en el horizonte puramente literario donde, con tanto disfrute, se asentaba el autor del *Quijote*.

### PALABRAS CLAVE:

Impostores, «modelos vivos», literatura, historia, Alonso Quijano, Enric Marco, Francisco Rico.

### ABSTRACT:

*El Quijote*, as well as *El impostor* and *Así empieza lo malo* are novels that probe into the connections between reality and fiction, between truth and deceit, between literature and history. In *El Quijote* this is done through Alonso Quijano's literary imposture; Cercas does it digging deep into the biography of a real impostor, Enric Marco; and Javier Marías does it pretending to be professor Francisco Rico, an impostor of himself. Cervantes' impostor is a literary one, and in the end, a good one; Cercas' is real and ethically troubling; Marías' is dazzling. This various imposters illustrate the mistrust that some of our current writers have for the literary environment where the author of *El Quijote* got his bearings with so much gusto.

### KEYWORDS:

Imposters, «real-life models,» literature, history, Alonso Quijano, Enric Marco, Francisco Rico.

En el diario *ABC*, el día 4 de junio del 2014, a medio año del cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, apareció una breve y llamativa noticia sobre la inmortal obra con el siguiente titular: «Localizan la venta en la que Don Quijote se armó caballero», al que seguía su correspondiente bajada: «Un historiador y una arqueóloga aseguran tener documentada la existencia del establecimiento hasta

1688 cerca de Mota del Cuervo»<sup>1</sup>. Desafortunado subtítulo, porque, una vez que se ha leído la noticia, la documentación prometida brilla por su ausencia.

Dando por hecho que dicha posada era el único establecimiento de este tipo que había en el camino que llevaba de Toledo a Murcia, el historiador Francisco Javier Escudero y la arqueóloga Isabel Sánchez Duque aseguraban haber hallado la venta en la que «El de la Triste Figura» recibió el espaldarazo (un mesón medieval de la Encomienda de la Torre de Vejezate, actual Socuellamos, Ciudad Real); pero lo cierto es que, en la noticia periodística, los dos investigadores reconocen no haber encontrado el listado de clientes que se alojaron en la posada, por lo que acuden a lo puramente deductivo para defender su tesis: «la lógica nos lleva a pensar que Cervantes pasó por allí varias veces»<sup>2</sup>.

En el mismo periódico, el día 24 de noviembre del 2014, apareció otra noticia con el siguiente rótulo: «La historia de Don Quijote no es inventada, es real» y la consiguiente bajada: «El historiador Francisco Javier Escudero y la arqueóloga Isabel Sánchez Duque avalan históricamente las andanzas del Quijote y en quienes se basó Cervantes»<sup>3</sup>. Como muestra del atolondrado contenido periodístico que ilumina esta otra gacetilla baste este botón: «Encontramos que los Acuña intentaron matar a los Villaseñor vestidos de caballeros con todo el aparataje medieval y nos dimos cuenta de que la historia de don Quijote no es inventada, es real: es lo que hacían los enemigos de los Villaseñor contra ellos. Increíble pero cierto, esta documentado»<sup>4</sup>. Y ciertamente parece estar documentado que un tal Pedro Villaseñor existió y que ese nombre se menciona en *El Persiles*<sup>5</sup>, y también que éste hidalgo y Francisco de Acuña eran enemigos y se daban de lanzazos, pero eso no significa que la historia de don Quijote esté basada necesariamente ni en esos hechos ni en esas personas.

En *El País*, el siete de diciembre del 2014, a los 25 días de que se inaugurara el cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, apareció una lacónica réplica a lo antedicho (ya se sabe, «lo breve si bueno, dos veces bueno») del académico de la lengua don Francisco Rico Manrique con el siguiente encabezamiento: «Como mucho, broma entre amigos» y este esclarecedor subtítulo: «Con el altavoz de la prensa, la doctrina de los “modelos vivos” reaparece cada vez que un archivero ve en un legajo un Quijano»<sup>6</sup>. Con su indiscutible erudición, el profesor

<sup>1</sup> <http://www.abc.es/cultura/libros/20140604/>

<sup>2</sup> *Ibíd.*

<sup>3</sup> <http://www.abc.es/cultura/libros/20141124/>

<sup>4</sup> *Ibíd.*

<sup>5</sup> Como se sabe, Los Villaseñores eran hidalgos principales en el Quintanar de la Orden del siglo XVI, y el regreso de Antonio de Villaseñor a su pueblo natal es un episodio clave de *Persiles* y *Sigismunda*.

<sup>6</sup> <http://cultura.elpais.com/cultura/2014/12/07/>

Rico señala en su conciso escrito que la crítica a los defensores de estos «modelos vivos», viene de lejos, pues ya don Ramón Menéndez Pidal señaló que «incluso si aparecieran testimonios indudables de que un Quijada, Quesada o Quijano fue verdaderamente un loco de remate conocido por Cervantes, difícilmente esos documentos podrían descubrirnos algo quijotesco de ese pobre loco»<sup>7</sup>.

Opina, pues, el señor Rico que la doctrina de los «modelos vivos» viene de atrás y que:

hoy, con el altavoz de la prensa, la tal doctrina reaparece cada vez que un benemérito archivero local se tropieza en un legajo con un Quijano, un Panza o un cura de nombre Pero Pérez y, deslumbrado, no se contenta con señalar una coincidencia que ilustre el ambiente verista del *Quijote*, sino que concibe una nueva teoría sobre la génesis del ingenioso hidalgo.<sup>8</sup>

Reiteración cansina en torno a los «modelos vivos» la de estos beneméritos archiveros que hace que el académico afirme que «ninguna merece el trabajo de refutarla ni, en nuestro caso, notar, por ejemplo, que nada en los documentos ahora alegados indica que el Acuña de marras fuera en ninguna manera equipado al modo pintoresco del don Quijote ni advertir que Villaseñor era un apellido común en la Mancha»<sup>9</sup>.

Nadie puede dudar de la probidad y sabiduría del señor Rico; pero tampoco de su arrogancia; pues si realmente cree que no merece la pena perder el tiempo rebatiendo cualesquiera de las pesquisas sobre «los modelos vivos», ¿para qué y por qué escribe sobre ello?<sup>10</sup> El razonamiento del señor Rico es certero, no cabe duda, y es inteligente y documentado; pero parafraseando al cura graduado en Sigüenza, es criticable debi-

---

<sup>7</sup> *Ibíd.*

<sup>8</sup> *Ibíd.*

<sup>9</sup> *Ibíd.*

<sup>10</sup> Sin ánimo de ser irrespetuoso o malpensado, la contestación a esta pregunta quizás esté en otro artículo que apareció en *El País* un día después a que lo hiciera el del emérito profesor con el siguiente título. «Don Quijote de la Mancha: ¿realidad o ficción?», y esta cautelosa bajada: «Dos investigadores descubren documentos en los que podría haberse inspirado Cervantes para su personaje literario. Los expertos dicen que el caballero de la triste figura es una suma de saberes, informaciones, aventuras y episodios conocidos por Cervantes». <http://cultura.elpais.com/cultura/2014/12/07>. En vísperas del cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote* y un día después de que el gran cervantista Rico hubiera puesto los puntos sobre las íes, uno de los voceros de la sensatez y la moderación de *El País*, recoge y publicita la sabrosa advertencia que el maestro hiciera el día anterior y de paso aprovecha para anunciar por sus ecuanímenes altavoces las noticias clave sobre el cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, entre las que se encuentra la edición especial que Francisco Rico llevará a cabo y se omite, por ejemplo, la edición que John J. Allen ha realizado para la editorial Cátedra.

do a la dureza, sequedad y arrogancia de su estilo; por lo que quizás tenga necesidad de un poco de ruibardo antes de ser condenado al pozo seco, como manda el barbero al *Espejo de caballerías*<sup>11</sup>.

Si convenimos que *El Quijote* es una metáfora de los empréstitos y cambalaches que entablan la realidad y la literatura, se aceptará que, cuando Cervantes escribió su novela, pensó que la figura del impostor (del suplantador, de alguien que engaña haciéndose pasar por lo que no es, o por alguien que no es en absoluto) le venía que ni pipipintada para indagar entre las conexiones entre una y otra; que, a fin de cuentas, era la enjundia de esa nueva novela que deseaba escribir. Impostores, mentirosos, calumniadores..., los había y hay por doquier. Cervantes pudo elegir un embaucador real para crear su personaje, pero eligió uno literario, muy literario; pues Alonso Quijano es un personaje impostor de otros personajes literarios. Es obvio, como afirma el Profesor Rico, que para generar su metáfora Cervantes no desarrolló o indagó en los «modelos vivos» que pudiera conocer, sino que rizó el rizo e hizo que, en su tropo, el referente real fuera prácticamente sustituido por el literario y con ello obligó a que la imaginación del lector tuviera que desperezarse e intuir la realidad social desde el tupido palimpsesto literario que le ofrecía el autor.

Alonso Quijada de Esquivias no es, pues, producto de un «modelo vivo» sino que es sobre todo un personaje literario que acaba siendo impostor (literario) de otros personajes literarios (los caballeros andantes). Y el hecho de que vuelva a la cordura tiene un gran alcance artístico y, lo que es más importante, ético, pues gracias a ello, el autor puede justificar su impostura y salvarlo, cosa que hubiera sido mucho más problemática de tratarse de un impostor real. Alonso Quijada muere cuerdo y esto clarifica el sentido literario de la impostura, pues permite que el autor lo salve de cualquier tipo de condena moral, ya que el personaje se arrepiente y es perdonado: impostor divertido, al fin de cuentas, y sin mala intención; loco, pues además de engañar a los demás también se ha engañado a sí mismo; impostor bueno, ya que, al final, ha reconocido su equivocación.

Cuando el 12 de mayo de 2005, el historiador Benito Bermejo denunció que el nombre de Enric Marco no figuraba en el campo de concentración de Flossenbug la noticia apareció en muchos periódicos del mundo. Enric Marco, el presidente de la Amical Manthausen, la asociación que reúne a los antiguos deportados españoles en los campos de concentración, resultaba ser un impostor que durante 27 años había fingido ser (mezclando verdades con mentiras) el prisionero 6.448 del campo de concentración alemán de Flossenbug.

Poco después, el mismo día que Enric Marco reconocía y trataba de justificar ante la prensa su impostura (manteniendo que si se había hecho pasar por un deportado

<sup>11</sup>Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, Perú, Real Academia Española, 2004, pág. 63.

sólo era por una buena causa, en la que, por otra parte, seguía creyendo) Vargas Llosa ofrecía su opinión: «ética y cívicamente, la impostura Enric Marco es espantosa y condenable»; sin embargo «a la par que mi repugnancia moral y política por el personaje, confieso mi admiración de novelista por su prodigiosa destreza fabuladora y su poder de persuasión, a la altura de los más grandes fabuladores de la historia de la literatura»<sup>12</sup>. Vargas Llosa no salvaba a Enric Marco; pues más allá de la literatura, el novelista peruano creía en la ética de la verdad; pero reconocía que la impostura de Marco daba pie a la reflexión sobre uno de los temas que más preocupan a los novelistas: «Todo esto lleva a reflexionar sobre lo delgada que es la frontera entre la ficción y la vida y los préstamos e intercambios que llevan a cabo desde tiempos inmemoriales la literatura y la historia»<sup>13</sup>. En último término será esta mezcla entre realidad y ficción, entre verdad y falsedad, la que impedirá que probablemente (como señala el novelista al final de su artículo) ni la historia ni la literatura puedan llegar a averiguar «la verdadera historia de Enric Marco»<sup>14</sup>.

El 27 de diciembre del 2009 (después de que Santiago Fillol y Lucas Vermal estrenaran su documental *Ich bin Enric Marco*) Javier Cercas publicó un artículo con este mismo título en español<sup>15</sup> en el que, en general, se mostraba de acuerdo con Llosa (la impostura de Marco era éticamente condenable, pero literariamente magnífica) y a la vez profundizaba en el tema. Cercas opinaba que, desde un punto de vista histórico y político, habían existido ciertas flaquezas colectivas que habían permitido la farsa de Marco: 1°. El prestigio que había adquirido «la víctima» en nuestros días. 2°. El que había adquirido «el testigo». 3°. La relativa ignorancia del pasado en general y del nazismo en particular por parte de los españoles. 4°. Las posturas *Kitsch* de la izquierda.

Además y con la intención de entender a Marco, el artículo de Cercas remite al lector a la teoría que defienden algunos psicólogos según la cual apenas podemos vivir sin mentir, y a las grandes mentiras literarias, entre las que Cercas destaca *El Quijote*, para concluir: «todos representamos un papel, todos somos quienes no somos, todos, de algún modo somos Enric Marco»<sup>16</sup>.

En definitiva, el artículo de Cercas matizaba la opinión de Vargas Llosa y sostenía que si bien la impostura de Marco era éticamente rechazable, había que considerar que podía ser una consecuencia de los comportamientos sociales y que, por lo tanto, se hacía necesario y hasta posible entenderla, aunque no justificarla.

<sup>12</sup><http://elpais.com/diario/2005/05/15/>

<sup>13</sup>Ibid.

<sup>14</sup>Ibid.

<sup>15</sup><http://elpais.com/diario/2009/12/27/>

<sup>16</sup>Ibid.

El año 2009, después de publicar *Anatomía de un instante*, que Cercas define como «una extraña novela sin ficción y un relato rigurosamente real»<sup>17</sup>, el mismo año que escribió el artículo «Yo soy Enric Marco», el autor atravesaba un mal momento. Según nos cuenta en *El impostor*, en un principio creyó que ese malestar se debía al desasosiego que le había producido la escritura de su última obra, esa que no era novela. Una insatisfacción que hizo que se obsesionara con la idea de que «la realidad mataba y la ficción salvaba»<sup>18</sup>. Una inquietud que le empujó a intentar escribir una novela de ficción, solo de ficción, para salvarse; y que, al no lograrlo, le condujo a una dolorosa conclusión: «yo era un tipo que iba de novelista y daba el pego y engañaba al personal, pero en realidad no era más que un impostor»<sup>19</sup>.

Afortunadamente, en el año 2013, Cercas publicó *Las leyes de la frontera* y tuvo la sensación de que la ficción lo había salvado, con lo que pudo replantearse el viejo proyecto de escribir la novela sobre Enric Marco, otra de sus «novelas sin ficción».

Inicialmente, el propósito de *El impostor* es entender la mascarada de Enric Marco, y para eso lo escucha y escudriña, por eso des cree o cree en él. Para eso investiga toda su biografía, por eso le pregunta y vuelve a preguntar y se documenta y averigua. Como si fuera un detective, hace todo lo posible por llegar a la verdad, y cuando cree haber entendido las causas psicológicas y sociales de la impostura de Marco, cae en la cuenta de que ese comprenderlo le va a conducir a justificarlo y, de una manera casi instintiva, reacciona: entender la impostura de Enric Marco es obligación del novelista; pero salvarlo a través de la escritura de una novela es inaceptable. Y lo es porque justificar la impostura de Marco sería justificar la suya propia y las de la historia reciente de España. Y eso nunca.

Pero al final de la novela ese rechazo a justificar la impostura de Marco no se mantiene y Cercas parece salvarlo: «Si la literatura sirve para salvar a un hombre, honor a la literatura, si la literatura solo sirve de adorno, a la mierda con la literatura»<sup>20</sup>. La división inicial y tajante entre la realidad que mata y la ficción que salva se ha ido perfilando durante la novela. Gracias al conocimiento de las estrategias del impostor Enric Marco, Cercas ha ido comprendiendo que la realidad es una mezcla de verdad y mentira y que es, por lo tanto, inefable. La verdad es inaprensible. Como decía Vargas Llosa en su artículo, ni la historia ni la literatura podrían llegar a saber «la verdadera historia de Enric Marco»<sup>21</sup>. Así lo entiende Cercas también, pero eso no quita que renuncie a «salvarlo». Al igual que Cervantes salva a su personaje Quijano

<sup>17</sup>Javier Cercas, *El impostor*, Barcelona, Dandom House, 2014, pág.16.

<sup>18</sup>Ibíd., pág.16.

<sup>19</sup>Ibíd., pág. 17.

<sup>20</sup>Ibíd., pág. 401.

<sup>21</sup><http://elpais.com/diario/2005/05/15/>

devolviéndole la cordura ética, Cercas salva a Marco otorgándole la naturaleza de un personaje literario en el que se acumulan las imposturas de la sociedad. Al final, la ficción salva, porque si cierto es que no puede esclarecer la verdad, sí que es capaz de denunciar la impostura social que representa Marco.

Si *El Quijote* es un novelar las conexiones entre realidad y ficción, entre verdad y mentira, entre literatura e historia a través una impostura literaria, *El impostor* de Cercas intenta serlo también, pero a través de un impostor real. La intención de las dos metáforas viene a ser la misma, pero claro está que las substancias y las herramientas con las que se moldean son muy diferentes. El impostor de Cervantes es literario y en último término bueno, el de Cercas es hiperrealista y éticamente inquietante. Pudiera decirse que, al escribir *El Quijote*, Cervantes apenas gira la cabeza cuando oye los ruidos de la realidad circundante. No digo que no lo haga nunca, pero generalmente vence la tentación de hacerlo e interpreta la realidad a través de la ficción literaria en la que está anclado. En el caso de Cercas y su *Impostor*, el autor no solo gira la cabeza sino que se ancla en la realidad de los ruidos con la esperanza de que de ellos mane la literatura que pueda salvarlo de las afecciones mortales de la realidad.

Javier Cercas no es el único autor actual que gira la cabeza cuando oye los ruidos de la realidad, demostrando con ello su poca fe en el horizonte literario en el que, con tanto disfrute, se asentaba Cervantes. Por citar a uno de los novelistas que he mencionado anteriormente, Vargas Llosa, por ejemplo en *La fiesta del chivo*, gira muy a menudo la cabeza cuando escucha los ruidos de la realidad histórica de la República Dominicana, como si de alguna manera el autor necesitara del constante respaldo de los datos reales para sustentar la ficción. Javier Marías... Imaginemos a Javier Marías sumergido en su hacer literario. Está inmerso en una de sus inteligentes y agudas reflexiones existenciales o filológicas, o quizás se encuentre tramando una escena en la que entran en lucha lo verosímil y lo que no hay quien se crea. Pongamos que está escribiendo alguna de sus últimas novelas, (*Los enamoramientos* o *Así empieza lo malo*) cuando oye un ruido, gira la cabeza y lo que ve es, nada menos, que al bee-mérito don Francisco Rico Manrique... Ahí lo tiene..., lo observa y después, algo perplejo, vuelve a su labor creativa y escribe:

La cara del profesor Rico la conocía bien, había salido numerosas veces en la televisión y en la prensa, con su boca muelle, su calva muy limpia y muy bien llevada, sus gafas un poco grandes, su elegancia negligente — algo inglesa, algo italiana —, su tono desdeñoso y su actitud entre indolente y mordaz, quizá una forma de disimular una melancolía de fondo que se le nota en la mirada, como si fuera un hombre que, sintiéndose ya pasado, deplorara tener que tratar todavía con sus contemporáneos, ignorantes y triviales en su

mayoría, y al mismo tiempo lamentara anticipadamente verse obligado a dejar de tratarlos un día —tratarlos sería también un descenso—, cuando por fin sus sentimientos coincidiera con la realidad.<sup>22</sup>

He aquí al profesor Rico transformado en «modelo vivo» de uno de los impostores de sí mismo que Javier Marías retrata en sus novelas. El profesor desdeñoso y mordaz, el erudito que sale en televisión para mostrar cuán triviales son sus contemporáneos, resulta ser una impostura del hombre común de mirada melancólica que, en el fondo de su ser, es él. Un enredador que Marías, que seguramente quiere a sus amigos y se deja querer por ellos, saca del pozo seco y salva.

---

<sup>22</sup>Javier Marías, *Los enamoramientos*, Madrid, Alfaguara, 2014, pág. 101.